

CUADERNILLO DE POESIA COLOMBIANA

No. 67

**EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA**

**JOSE MARIA
RIVAS GROOT**

P R E S E N T A C I O N

Por Carlos Arturo Caparrosa

La influencia de Víctor Hugo en la poesía colombiana abarca más de cincuenta años, pues, todavía al fin del siglo, y cuando ya han cobrado terreno las conquistas del modernismo, se deja sentir notablemente. Quiénes en imitaciones más o menos afortunadas, quiénes en traducciones, el caso es que muy contados fueron los que lograron escaparse a los hechizos fascinantes de aquella seducción.

En su bello poema *Constelaciones*, dejó traslucir Rivas Groot esa influencia. El solemne y amplio movimiento de los alejandrinos, el levantado sentido espiritualista de la inspiración, la vibrante majestad de las estrofas, todo recuerda allí cierta manera de concepción y de ejecución genuinamente huguescas.

Datos biográficos:

Nació en Bogotá (1863). Fue miembro de la Academia Colombiana de Historia y otras Academias hispanoamericanas. Dirigió varios periódicos. Director de la Biblioteca Nacional. Altos cargos públicos y Ministro Plenipotenciario ante la Santa Sede.

Publicó: "La lira nueva" (Bogotá - 1886), "Víctor Hugo en América" (Bogotá - 1890), la novela "Resurrección", "Historia de la Gran Colombia", discursos, cuentos, "La Naturaleza-Constelaciones", poemas (Folleto - Bogotá - 1895).

Murió en Roma (1923).

La Revista de la U.P.B. rinde homenaje de admiración y respeto al grande escritor en este año centenario de su nacimiento.

CONSTELACIONES

El Hombre

Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
mirando hacia la tierra desde la comba altura,
¿por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

Las Constelaciones

¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!
Escucha tú, que en noches de oscuridad tranquila
nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
la súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.

Escucha tú, poeta, que en noches estrelladas
cual bajo agosto templo descubres tu cabeza,
y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

¿Por qué tan tristes? Oye: nuestro fulgor es triste
porque ha mirado al Hombre. Su mente y nuestra lumbre
hermanas son. Por siglos de compasión, existe
en astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante
luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos
volver hacia nosotras la vista suplicante,
tender hacia nosotras las temblorosas manos.

Y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
oasis donde salten aguas de vida eterna;
ya llega, llama —y sale con su ánfora la Muerte
brindando el agua muda de su glacial cisterna.

Tronos, imperios, razas, vimos trocarse en lodo:
vimos volar en polvo babélicas ciudades.
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa;
el ideal anhela, requiere lo infinito,
crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al Hombre, que lumbre y lodo encierra,
mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
tocada la sandalia con polvo de la tierra,
tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames —conduete tu lamento;
poeta, no nos mires —nos duele tu mirada.
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
tus ojos, ¡oh poeta! se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,
con íntima dulzura miramos pesarosas,
nosotras —las eternas— vuestras caducas vidas,
nosotras —las radiantes— vuestras oscuras fosas.

El Hombre

¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo a solas
el mar con sus olajes, la tierra con sus hombres;
¿y al fin en mudas playas deshácense las olas,
y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

¿Y nada queda? ¿Y nada hacia lo eterno sube?
Decid, astros presentes a todo sufrimiento:
la ola evaporada forma un cendal de nube,
¿y el agua agonizante no asciende al firmamento?

¡No, estrellas compasivas! Hay eco a todo canto;
al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
y como incienso humano que abrasa un fuego santo,
al cielo va el espíritu si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos a todo cuanto existe;
y espirarán, en medio de hielos y amargura,
los últimos dos hombres sobre una roca triste,
las últimas dos olas sobre una playa oscura.

Y moriréis ¡oh estrellas! en el postrero día...
Mas flotarán espíritus con triunfadores palmas;
y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

LO QUE ES UN NIDO

Buscando aquella tarde algún abrigo
a la incesante lluvia que caía,
me refugié bajo el portal amigo
de una iglesia vacía.

Cedió crujiendo la pesada puerta;
pasé el umbral... Temblosos claroscuros
vagaban por la bóveda desierta,
por los escuetos muros.

Las enhiestas ventanas de la altura
alumbraban con lumbre mortecina
los retablos de clásica escultura,
los sitiales de encina.

Huérfano del calor del incensario,
como perdido bajo el dombo inmenso,
se alzaba entre las sombras del santuario
leve girón de incienso.

Ecos de moribundas armonías
aún vagaban por el viejo coro,
y vibraban las hondas arquerías
con mutismo sonoro.

Contemplé las imágenes sagradas
envueltas en la sombra de sus mantos,
y hundiendo en lo invisible las miradas
como en éxtasis santos.

Recordé con amor, y al par con miedo,
de la niñez las pláticas sencillas,
murmuré una oración quedo, muy quedo,
y caí de rodillas.

Y ansié la luz... Y me elevé a lo eterno,
siguiendo de los ángeles los rastros;
y oí cuál pulsan con preludio tierno
sus arpas en los astros...

Y ansiando apocalípticos asombros,
subí de lo infinito las escalas;
y asombrado sentí que en mis dos hombros
se agitaban dos alas.

Y volé como fuera de mí mismo...
Y crucé los espacios estelares...
Y comulgué la luz en el abismo
de incógnitos altares.

Llegué al umbral de ignotos firmamentos,
donde, en medio de azules claridades,
guardaban dos esfinges soñalientos
las eternas verdades. *

Divisé con pavor incubaciones
de soles, en las bóvedas secretas;
y escuché luminosas vibraciones,
y ritmos de planetas.

Y volé más, buscando los profundos
secretos de las simas creadoras;
y miré larvas de increados mundos,
y capullos de auroras.

Y volé más en lo impalpable... —Dónde,
dónde ¡oh Padre! —eclamé con grito acerbo—
dónde la esencia de tu amor se esconde?
Dónde ocultas el Verbo?—

Y me fui sumergiendo en el vacío,
el verbo de la vida descifrando...
Mas desperté al oír en torno mío
rumor trémulo y blando.

Busqué con la mirada: En un retablo
que se ocultaba entre rincón desierto,
vi alzarse la figura de San Pablo
con un gran libro abierto.

Me acerqué a descifrar esa sombría
hoja que el santo con miradas graves
contemplaba... La página tenía
escondidas dos aves.

Y en el libro de páginas divinas
escritas por un Dios... medio escondido
con el amor de un par de golondrinas
ví palpitar un nido.

IDEA Y FORMA

El pecho sin cantares ni sollozos,
las indolentes manos sin el arpa,
el dulce labio sin el sacro verbo,
la hermosa frente sin la luz del alma,
llega la Forma
al templo de los Genios, y ante el ara,
sin vida en su existencia,
desconsolada,
la frente dobla,
pliega las alas.

Escuchando calladas melodías,
sintiendo de lo incógnito las ansias,
mas sin vigor para tender el vuelo
y sin vigor para pulsar el arpa,
llega la Idea
del templo de los Genios ante el ara,
sin vida en su existencia,
desconsolada,
el arpa rota,
rotas las alas.

Mas de pronto la Idea ante la Forma
—Tú eres —prorrumpes con amor— mi hermana!
Tu sostendrás mi lira entre tus manos,
tú sostendrás mi vuelo con tus alas;
y en tanto ¡oh Forma!
yo seré de tus labios la palabra,
vida de tu existencia,
ritmo de tu arpa,
luz de tu frente,
alma de tu alma!

Y cual dos notas de la misma cuerda,
y cual dos chispas de la misma llama,
como dos besos en el mismo labio,
como dos ondas en la misma playa,
Idea y Forma,
del templo de los Genios ante el ara,
ya viven la existencia;
pulsan el arpa,
las frentes unen,
tienden las alas.

EL SEMBRADOR

De *Victor Hugo*

Es la hora solemne del crepúsculo.
Bajo la parra del portal sentado
miro el fulgor postrero que ilumina
los últimos afanes del trabajo.

En la tierra que tornan renegrida
la sombra nocturnal y el corvo arado,
conmovido contemplo a un achacoso
sembrador que a los surcos lanza el grano.

Sobre el mudo horizonte se destaca
el escueto perfil de aquel anciano
que deja ver, al rayo del poniente,
sombra en sus ojos y en su cuerpo harapos.

Y siento, al ver cuál lanza la futura
mies bendecida entre los surcos anchos,
la fe, la fe profunda que él abriga
en el útil transcurso de los años.

Recorre la llanura ilimitada,
pasa, vuelve, prosigue. Los puñados
lanza, y torna a lanzar, de la simiente
entre la vaga oscuridad del llano.

Y yo, mudo testigo, lo contemplo
y medito a la vez... La noche en tanto
confunde, al empañar los horizontes,
la negra tierra con el negro espacio.

Y parece que el viejo pensativo,
al extender con magestad la mano,
arroja al infinito la semilla
que en el surco del cielo son los astros.

QUE ES DOLOR?

Preguntas qué es dolor?... Un viejo amigo,
inspirador de mis profundas quejas,
que se halla ausente cuando estás conmigo,
que está conmigo cuando tú te alejas.

SIGLOS

El viento de los siglos
azota el ancha tierra.
Y el soplo apocalíptico
al par arranca y lleva
las vidas de los hombres,
las hojas de las selvas.
Los años van pasando,
pasando van las épocas,
y al paso de los tiempos
cruje y vacila y rueda
cuanto los hombres tocan,
cuanto los hombres crean.
Triste huracán de olvido,
de polo a polo, negras
alas extiende y cubre
la Creación entera.

Pontífices del Asia
fiero palacio elevan
donde, al través de siglos,
more la estirpe regia.
Sobre el altivo pórtico
un escultor cincela
esta palabra enorme:
—Eternidad— Mas llegas,
oh viento!... y hoy, oculta
reposa entre la hierba,
la piedra de aquel pórtico.
Y en la mansión aquella,
(que vengativa invade
la gran Naturaleza)
cambiada ya la estirpe
de hombres por las fieras,
vése un león, magnate
de otra prosapia regia
que, sacudiendo airoso
la colosal melena,
bajo el truncado solio
con gravedad se alienta.

Egipcia dinastía
a su nación congrega,
y con sudor de esclavos
en secular tarea,
agrupa tres pirámides
que tres sepulcros sean

donde, en eterna calma,
y en magestad eterna,
la sacra dinastía
su último sueño duerma.
Y al par enorme esfinge,
cual mudo centinela,
pone ante las pirámides
para que siempre pueda
atestiguar a todas
las razas venideras
que hasta en la oscura muerte
los Faraones reinan.
Mas, oh terrible soplo,
soplo de siglos! llegas,
llegas a las pirámides
y tocas a las secas,
momias y sus cenizas
profanador dispersas:
y ante el Desierto atónito
con irrisión tú mezclas
cenizas faraónicas
y anónimas arenas.

Sus torres a los vientos
la Humanidad eleva;
las razas y las razas
se adunan en la empresa;
y desafiando altivos
las hórridas tormentas
levántanse los mármoles
de Dios hasta la esfera.
Después... En dónde estaban
las torres? Qué fue de ellas?
Qué fue de tal orgullo?
Qué fue de tal soberbia?
Oh viento de los siglos!
soplaste tu en pavesas
cuanto se alzó de bronce,
cuanto se alzó de piedra.
Y alguna rezagada
generación postrera,
volviéndose al pasado
pregunta con voz trémula:
—Qué fue de las Babels?
Qué de las grandes Tebas?—

Como el magnate bíblico
de la terrible cena,
tal a mundanos goces

la humanidad se entrega;
y en el festín, de pámpanos
orlada la cabeza,
canta la eterna dicha,
y el áurea copa llena,
y bebe... Mas, oh soplo,
soplo de siglos! llegas
cual importuno huésped,
haces crugir las puertas;
cual vengador espíritu
en el festín penetras;
apagas los sonoros
acordes de la fiesta;
y al sacudir la llama
de las antorchas muestras,
el Mane-Tezel-Phares
de la pared siniestra.

Guerreros fijosdalgo,
allá en edades medias,
a brazo de pecheras
colocan en la sierra
del más enhiesto monte
la torre más enhiesta:
¡Cuán anchos son los puentes!
¡Cuán firmes son las puertas!
¡Cuán bajas son las fosas!
¡Cuán altas las almenas!
El tiempo, el rudo tiempo,
respetará por fuerza
tal obra... Y hoy, qué existe
de la mansión guerrera?
Castillo y castellanos,
qué fueron? Sólo resta
alguna rota ojiva
donde arraigó la hiedra,
y donde turbia lágrima
de sepulcral tristeza
por el leproso muro
de tiempo en tiempo rueda...

Oh viento de desastres!
¡Oh viento de tristeza!
Qué creación no abates?
Qué pedestal no agrietas?
¡Oh soplo apocalíptico
responde: qué respetas?
Y el viento de los siglos
parando su carrera

responde: —“Cuanto el hombre
para endiosarse eleva,
al punto desquiciarlo
la voz de Dios me ordena.

“Los continentes todos
azoto con mi diestra.
A mi querer los grandes
deponen sus grandezas:
los Césares su espada,
los Reyes su diadema;
todo lo vuelco airado;
y mi camino empiedran
aras de dioses idos,
tumbas de razas muertas.

“Tan sólo la sagrada
labor de la conciencia,
lo que de Dios en nombre
la humanidad eleva,
mi labio reverente
canta a la par que besa.

“Lanzo al olvido toda
labor de la materia...
amparo los sagrados
palacios de la Idea.

“Y así oh *Libertadores!*
no tocarán mis negras
alas vuestro edificio
de libertad... mis huellas
no dejaré en los Andes
¡tal el Señor ordena!

“Y va cantando un himno
a las memorias vuestras
el viento de los siglos
que cruza por la tierra”.
